

MINIATURAS

MINIATURAS

PAOLA RONDINI

Título original: *Miniature*

Editado en Italia por Fanucci Editore
Via delle Formaci, 66 - 00165 Roma

Primera edición: octubre, 2009

© Paola Rondini, 2007

© Traducción: M. P. V., 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-276-0

Depósito legal: M-37.963-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Riccardo y Tommaso

1

Nueva York, 15 de julio del 2002

GEMMA LO DEJÓ UN DÍA CUALQUIERA.
Se marchó sin avisarle, sin recoger de su apartamento todo lo que poseía.

Con una frase escrita de mala manera en una hoja, le pedía sólo que la dejara irse.

Al principio Daniel la buscó en casa de sus amigos y conocidos, luego se dirigió a sus compañeros del periódico donde trabajaba y al final, en un gesto desesperado, fue a casa de sus familiares más lejanos que vivían en el sur.

Cuando tuvo claro que nadie podía ayudarle, se encerró en casa a esperarla.

Confinado en el apartamento de Roma donde vivían desde hacía siete meses, Daniel vio disminuir semanas de esperanza.

Aquel mes de mayo, fue un mes malvado, sin piedad.

Un día Chiara, la mejor amiga de Gemma, fue a verle.

—Ha llamado, dice que no nos preocupemos, necesita solamente alejarse durante un tiempo. Aparecerá, verás, ya sabes cómo es...

Lo sabía, es verdad, a pesar de ello había cultivado la ilusión de que su amor habría dado a Gemma un poco de paz, aplacando el arrebató de sus luchas y sus huidas.

No había sido así.

Daniel se atormentó con su dolor durante dos meses, el tiempo necesario para que aquella herida se transformara en una línea de demarcación entre el sueño y la realidad, la juventud y la edad adulta, un límite que él no volvería a cruzar de nuevo.

En agosto hizo sus maletas y volvió a casa, a América.

Habían transcurrido dieciséis años.

Daniel Biasi, sentado en su despacho, seguía mirando fijamente la carta.

Una de sus secretarias le había saludado con un correo electrónico antes de dejar el estudio.

—... y no se olvide de que tiene una reunión mañana por la tarde.

No lo olvidaría, pero ahora quería irse a casa.

Hizo que le acompañaran a su apartamento, donde se sintió inmediatamente mejor.

Se desnudó y se metió en la bañera con agua caliente, respirando ya sin ansiedad.

Estaba listo para pasar esa noche insomne.

Te dejo. No es culpa de nadie, es sólo que mi camino no es el tuyo. Es mejor terminar todo aquí y guardar sólo bonitos recuerdos.

Lo tengo decidido desde hace tiempo, pero no sabía cómo decírtelo. El periódico me ha puesto en contacto con

otras revistas dispersas por el mundo con las que puedo colaborar. Y por eso me marchó, hoy mismo.

Perdóname.

No me busques, no cambiaré de idea.

Aquella nota seguía atormentándole.

Por ella, por Gemma, él lo había dejado todo.

Entonces tenía veinticinco años y justo en el momento en el que los ojos de los accionistas estaban pendientes de su entrada en el grupo financiero fundado por su padre, Daniel se había alejado de su familia, de su historia, y se había ido a vivir a Italia, con ella.

Cuando al final, destruido y desorientado por aquel abandono, había vuelto a casa, su padre le había acogido con un gran abrazo.

La carta que Daniel se había llevado a casa en esa noche sin sueño, sin ningún apoyo salvo el agua caliente y la oscuridad, provenía de París.

Un abogado le invitaba a presentarse en su despacho para escuchar lo que Gemma Voss había decidido dejarle en el momento de su muerte.

Su Gemma, la que lo había abandonado sin motivo alguno, apuñalándolo por la espalda y dejándolo agonizar en un mar de dudas, todavía tenía algo que decirle y que entregarle.

El testamento se abriría en tres días.